

Atribuido a Gonçal Peris Sarrià
Retablo de Santa Bàrbara

LA CASA DAURADA

16 de marzo de 2009



Había una vez una mujer que se llamaba Bàrbara y odiaba su belleza, porque por culpa de ella su padrastro, Dióscoro, la encerró en una torre para que no la viese nadie, no fuera a enamorarse de ella cualquier joven sin reputación, y a llevársela...

Su padrastro la recluyó en lo más alto de la torre, que había mandado construir expresamente; pero una noche el carcelero, un hombre de barriga gigantesca que la admiraba en secreto, se compadeció de ella, le abrió la puerta y le dijo:

-Huye. Fuera, en un caballo, te espera tu enamorado.

Y ella huyó.

Después de unos días vagando por los caminos, el joven enamorado le dijo:

-Amor mío, yo ya no puedo acompañarte, pero este pastor te llevará a una casa donde podrás empezar una nueva vida.

Bárbara se fue con el pastor, y así encontró una casa donde vivir; pero no una casa como las demás, sino la más bella jamás vista. Se trataba de

LA CASA DORADA

Toda la casa estaba hecha de oro, por dentro y por fueram, paredes, suelos y techos.

Pero para Bárbara lo más importante fue que los vecinos salieron a las ventanas doradas para recibirla, y la acogieron como nunca lo había hecho nadie.

En el edificio vivía un picapedrero que le dijo:

-Yo te haré un baño gigante donde podrás bañarte y nadar.

Bárbara le contestó:

-Gracias, eres muy amable.

Y el masajista que vivía en la puerta de al lado añadió:

-Y yo te haré un masaje y te prepararé unas sales de baño para que te relajes después de caminar tanto.

Los médicos que tenían su consulta en el piso de abajo fueron a saludarla.

-Salud, vecina; cuenta con nosotros si te resfrías.

Y Bárbara contestó:

-Muchas gracias. Salud, vecinos.

Después se encontró con el pastor que la había llevado a la casa dorada, y él le dijo:

-Además de pastor soy el carnicero, y nunca te faltará un cordero que comer.

El panadero, que pasaba por ahí, añadió:

-¡Ni un pan para rebañar la salsa!

Bárbara nunca había visto tantos colores, tanta belleza, pero sobre todo nunca había conocido a tan buena gente.

Se sintió tan bien acogida, tan feliz, que se reconcilió consigo misma y con su belleza, hasta el punto de poner su retrato en la parte central del salón.

Ya no odiaba ser bella.

En ese momento, como si la naturaleza diera la razón a Bárbara, su alma salió del cuerpo, lo cual generó tanto calor que el cielo se llenó de nubes, y empezó a tronar.

A partir de entonces, los vecinos asociaron los truenos con Bárbara. Tal vez por eso diga el refrán que sólo nos acordamos de santa Bárbara cuando truena...